

libros

sara sefchovich

que la chancla
que yo tiro.....

Para Ricardo Nudelman

*Falso Testimonio** es una hermosa novela de Angel Bonifaz Ezeta que publicó la editorial Folios el año pasado. Es el caso poco frecuente en la literatura, de un autor que quiere investirse de mujer y pensar por ella, mirarse en el espejo y ajustar cuentas con la vida (o mejor: dejar que la vida le ajuste las cuentas).

Falso testimonio es un texto que se va abriendo poco a poco, dejándose conocer lentamente, permitiéndose aprehender sólo por la repetición. A primera lectura, es la historia de una mujer que parece empezar relatando su felicidad, y va doblando cuidadosamente su tristeza y su soledad. Se trata de Rosalba (una alba rosa), "payita" venida de provincia a la ciudad, en donde aprendió a vivir "como hoy se vive", a liberarse. Liberarse: sexo indiscriminado y placentero.

Pero la novela es en verdad un falso testimonio, porque en ella todo parece: parece monólogo, parece relatar las vivencias de la mujer, parece no tener narrador, parece de lectura fácil. Así, parece verdad que la mujer terminó su vida infeliz y abandonada, arrepentida de haberse liberado sólo por vía de su vagina. Pero esto es falso, porque no se trata del pensamiento de ella, sino del testimonio de un hombre que así quiere ver las cosas y nada más quiere ver estas cosas. En

efecto, Sebastián Lucero (el que tiene la luz), interlocutor a quien ella dirige sus pensamientos, es precisamente el sutilísimo narrador, el verdadero personaje que define la moral de la novela y establece su dialéctica, aunque parezca ajeno, distante y hasta desaparecido. Es él quien escribe y todavía más, quien juzga. Y esta dialéctica determina toda la estructura del texto: una alternancia (que no oposición) entre el bien y el mal, ser y parecer, criticar y aceptar, confesar y callar, abrir y cerrar.

Rosalba es una joven de provincia cuyo padre la trae a la ciudad para estudiar. La instala en una casa de muchachas cristianas desde donde se le abrirá la puerta al mundo (la pobre niña que puede llegar a ser alguien) y desde donde también se le cerrará la puerta al mundo (la pobre niña que se degrada porque suelta el sexo). La primera crítica de la novela se manifiesta: a la provincia y la ciudad, a la religión y la hipocresía. Pero sobre todo, al peligro para la mujer de querer entrar en el mundo. Porque Sebastián Lucero (el que tiene la luz) que todo lo ha visto y todo lo sabe desde siempre, puede advertirlo en el principio: las mujeres tienen frente a sí un camino que parece abierto y en realidad está cerrado. Se casan y se frustran en el hogar, o se liberan y pierden todas las posibilidades de la dicha. La virtud es el punto clave por donde pasa la definición de la vida.

Rosalba (todavía la alba rosa) llega a la ciudad y adquiere una profesión que nunca sabemos cuál es, porque no importa. Para el narrador, las mujeres sólo se miran a través del cuerpo y la virtud, nunca tienen otros proyectos importantes. Otro falso testimonio de quien tiene la luz, del hombre que todo lo sabe y según el cual las mujeres no desean más en la vida que al hombre, al amor, al placer sexual juzgado como malo.

Rosalba (ya no la alba rosa) empieza a trabajar y se enamora de Sebastián Lucero, se entrega a él. Pero eso sólo parece, porque casi al final de la novela el narrador nos informa: la semilla del mal estuvo sembrada desde siempre. En realidad, Rosalba consiguió su posición en la oficina gracias a la relación sexual con un jefe viejo, de carnes fofas y amarillas. De modo que la crítica es doble: por un lado a los afanes de ascenso social y por el otro a la falsedad de la cara buena y simple que ponía Rosalba en su amor a Sebastián. La maldad aparece por todas partes.

Y si la novela parece construida como un reclamo de la mujer a Sebastián Lucero, por nunca haberlo amado bien, de hecho se trata de un reclamo de él a Rosalba por haberle mentado y haberse degenerado. Y de ahí la justificación del castigo final.

La novela se abre: Rosalba viaja a Boston y conoce el sexo en plenitud. La novela se cierra: Rosalba pagará durante el resto de su vida por haber perdido la virtud, por haber contaminado el cuerpo. Ya nunca conocerá el amor, ya nadie la tomará en serio, ya no tendrá hijos sino abortos, ya nunca podrá hacer una pareja.

*Angel Bonifaz Ezeta, *Falso Testimonio*, México, Folio Ediciones, 1981. Col. Narrativa Latinoamericana dirigida por Mempo Giardinelli.

El falso testimonio parece lleno de verdad porque la libertad así concebida es pesada, difícil. Pero es una verdad moralista: la mujer que ha caído nunca se podrá levantar. La crítica en la novela aparece de nuevo: al espejismo de los patrones de vida de la liberación —en los Estados Unidos, en su versión de la ciudad en un país como el nuestro— que llevan siempre, irremediablemente, a la decadencia. Y eso lo sabía el narrador del monólogo, lo advirtió desde siempre (con su actitud distante, con su texto cerrado) a la pobre Rosalba que tenía ilusión de vivir “como hoy se vive”.

Y aquí aparece otra trampa: ¿acaso tuvo Rosalba un compañero en ese hombre, que le ayudara a tomar decisiones en la vida?, ¿no acaso cargó sola con el peso de todo en este mundo difícil? Pues bien, así como el libro parece el monólogo de una mujer y está escrito por un hombre, y así como hace la crítica moralista a esa mujer aunque parece que la quiere entender, así todo se le revierte al propio Sebastián Lucero que no la supo apoyar. Y las carencias, la indecisión del hombre de hoy resultan ser parte de lo mismo: para ambos es el encuentro y aceptación de un mundo reificado. La soledad que la novela profetiza a la mujer, el final que le cierra, son los mismos que le esperan al hombre. Y si ella parece la “loca” y la “equivocada”, es porque él la ha condenado desde su posición moralista y al mismo tiempo pasiva, sin lucha. Y por eso él también sufre las consecuencias del mundo que tan tajantemente ha dividido en dos, al modo de la filosofía idealista tradicional, al modo del cristianismo:

el hombre-la mujer
el bien-el mal
el amor-el odio
la tonta-la realizada
afuera-adentro
no poder dormir-dormir para siempre
la provincia-la ciudad
vivir-desvivirse
pechos-despecho

Y es también él, hombre-narrador, quien cierra la alternativa mecánica por él mismo planteada: la resuelve desde la moral cristiana que tan amargamente parece rechazar. La mujer está condenada porque hizo el mal, se secó porque no fue virtuosa, el placer la contaminó, el presente es triste porque el pasado estuvo equivocado, la desgracia vino por culpa del placer. “Es cierto o no, Sebastián Lucero, que me condenas” (p 85). Parece decir sí y decir no, pero de hecho, predomina y se afirma la condena: predomina en la escritura, se afirma en la posición del narrador.

Y al mismo tiempo, la novela es hermosa. Lo es por la pasión que pone al rechazar (aunque no pueda liberarse de la moral) un tiempo histórico cargado de apariencias, de patrones equivocados, de reificación. Es hermosa porque es un testimonio de tristeza (aunque no de lucha), de dolor, de encierro en círculos concéntricos que buscan (desesperadamen-

te) salida por cualquier vía, incluso la del sermón sociologizante de cuya tentación el narrador no puede sacudirse: “Entrampado también en el afán de las clases medias de encaramar a la hija en la burguesía de las ciudades. . . la lleva de la mano al guiñol” (p71.) Conmovedora porque busca a diestra y siniestra un culpable: el imperialismo, el feminismo, el tiempo actual, la pérdida de valores, la libertad sexual. Intensa en su lamento por el amor imposible, contra la hipocresía y la falsedad, y sobre todo, contra el hartazgo. Pero a su vez, desesperada y hartante porque no sabe otra escritura que la repetición hasta el cansancio (en un lenguaje espléndido porque parece simple) y porque se cierra, porque no busca salidas, porque las canceló desde antes de la escritura. Una hermosa novela contra hoy y contra la enajenación, pero una triste novela sin opción para el mañana. Una novela que quiere ser de mujer y no puede con ella, que quiere ser lúcida y crítica pero se entrapa y se falsea. Y finalmente, una maravillosa, rica novela de amor porque busca (desesperadamente) encontrarlo y nunca lo consigue: porque no quiere, porque no puede. Se cierra a sí misma y al amor con la muerte y termina por caer en el mismo mundo imposible y alienado para el que nunca buscó solución.

Y aquí la crítica (ésta) quisiera (también desesperadamente) abrirse: “El día ha llegado de admitirlo, de ver las cosas como fueron y aceptarlas aunque sean tristes” (p 87). Así sea. Pero ver las cosas tristes y aceptarlas no es el final. No puede serlo. Y no lo es porque no se trata de condena ni de redención. Es la vida que se va haciendo, pensando, construyendo, encontrando, día a día, error tras error, crítica por crítica, con amor y lucidez. Y se puede, claro que se puede. Aunque estés “cansada, muy cansada” (p 128) y aunque “tu rostro parezca perdido” (p 136); aunque la muerte sea lo único que Sebastián Lucero les ofrece a las mujeres y aunque escriba por ellas este falso testimonio distante y sin piedad, todavía “hay un sitio para ti en el mundo” (p 119). J

libros discos arte café
gandhi
m.a. de quevedo 128 / 548.1990
